

El 16 de octubre Molvianinow se partió con Posevino (1). Llevaba a Iván una carta del Papa, en que Gregorio XIII expresaba su satisfacción por la comunicación entre Rusia y Roma introducida por Posevino y Molvianinow, y saludaba como especialmente fausto el hecho de que Iván en una carta anterior a Batori, había reconocido la permanencia de la verdadera fe en la Iglesia romana. Decía que esperaba que el gran príncipe se ratificaría en esta opinión. El Papa prometía activar la alianza contra los turcos, e indicaba que para todo lo demás podía Iván servirse de Posevino como de experto medianero. La carta provista de una bula de oro terminaba con expresiones de gozo por el libre acceso a Rusia otorgado a los viajeros y sus sacerdotes y con una acción de gracias por los presentes del gran príncipe (2). Con esto terminaron las relaciones de la Santa Sede con Iván, el cual murió el 18 de marzo de 1584 (3).

El restablecimiento de la paz entre Rusia y Polonia fué indudablemente una dicha para el reino de Batori y un particular beneficio para Livonia por él ganada (4). Pero a esto se limitó también el inmediato buen éxito de Posevino; respecto del asunto principal, la unión de Rusia con la Iglesia, su misión se frustró lo mismo que sus anteriores esfuerzos en Suecia. A pesar de esto no desesperó en manera alguna. En sus memorias al Papa, que contenían tantas interesantísimas noticias sobre el estado de las cosas en Rusia casi desconocido en Occidente, recomendaba la formación de especiales misioneros para Rusia, que tuviesen que

(1) V. los \*Avvisi di Roma de 29 de septiembre, 3 y 16 de octubre de 1582, Urb. 1050, p. 360, 368, 380, *Biblioteca Vatic.*; Priuli en Mutinelli, I, 137 s. Cf. Pierling, *La Russie*, II, 204 s.

(2) La carta se halla impresa en muchas partes: en *Moscovia de Posevino*, 114, en *Relacye Nuncyuszów Apost.*, I, 448 s., en *Turgenevius, Hist. Russiae Monumenta*, I, 393 s., y en *Theiner*, III, 351 s. El original con la bula de oro pendiente se conserva en el *Archivo de la casa imperial de Moscou*; cf. Bühler, *Reproduct. d'anciens cachets Russes*, I, *Moscou*, 1880, p. v, donde con todo en vez de 1552 hay que leer 1582. Iván como regalo recíproco por sus presentes recibió una imagen del Salvador.

(3) Sobre la actitud de Gregorio XIII respecto del sucesor de Iván v. *Turgenevius*, II, 3 s.; *Pierling, La Russie*, II, 252 s.; cf. *ibid.*, 271, sobre el mandato pontificio, procurado por el general de los jesuitas en febrero de 1585, por efecto del cual Posevino tuvo que abandonar la corte polaca, porque la rivalidad entre Rodolfo II y Batori exigía una actitud neutral de la Orden.

(4) Cf. *Zakrzewski, Stosunki Stolicy Apost. z Iwanem Groznym*, *Kraków*, 1872, y *Arndt en las Voces de María-Laach*, XXXI, 240 s., 503.

hacerse familiar la lengua de aquel país e imbuir poco a poco al pueblo desamparado e ignorante de ideas exactas de las cosas de Occidente y de la Iglesia católica (1). Una introducción de la misión por este camino demostróse a la verdad que era imposible, pero las legaciones de Posevino tuvieron sin embargo consecuencias mediatas importantes, las cuales se manifestaron con la ascensión al trono de Segismundo III, y en 1595 con la unión de la Iglesia cismática rutena con la católica romana (2). La supresión del cisma ruteno, este suceso tan importante para el Oriente europeo, habíanla también preparado según sus fuerzas el hermano en religión de Posevino, Skarga y el mismo Gregorio XIII (3).

(1) Cf. los dos *Comentarii de Posevino*, que están impresos en su *Moscovia*, 1 s. y 12 s., y *Werner, Historia de la literatura polémica*, III, 341 s.

(2) V. *Karttunen, Possevino*, 205 s.; cf. *Pelesz, Para la historia de la unión de la Iglesia rutena con Roma*, I, *Viena*, 1878, 507 s.; *Pierling*, 219-227. V. también el *Boletín de la Academia de Cracovia*, 1891, 137 s.

(3) Cf. arriba, p. 303, y *Theiner*, III, 340, 433 s. Sobre la unión de varios rutenos polacos, efectuada por medio de *Bolognetti* y los jesuitas, v. *Maffei*, II, 350 s.

## XI. Fomento de las misiones en el Oriente, Asia, Africa y América

### I

Como en los diferentes Estados de Europa, así también en el próximo y en el remoto Oriente, en Asia, Africa y en el nuevo mundo desplegó Gregorio XIII tan extensa actividad para el afianzamiento y dilatación de la Iglesia, que no sin razón se le ha llamado el Papa de las misiones (1). De nuevo halló aquí sus mejores y más incansables auxiliares en la Compañía de Jesús. Al igual que su fundador, que en un principio quiso trabajar como misionero entre los infieles, los discípulos de Loyola tomaron con muy especial empeño llevar la luz del Evangelio a los pueblos sumidos en las tinieblas del paganismo. Gregorio XIII los favoreció y apoyó en esto cuanto pudo (2).

A la incansable actividad de San Francisco Javier, que se consumía de celo de la salvación de las almas, debióse el conocimiento de que el trabajo de conversión en Asia no se había de poner tanto en los muelles y visionarios indos y malayos, cuanto más bien en los japoneses y chinos (3). En el tiempo siguiente, sobre todo las islas del Japón ofrecieron a los misioneros jesuitas un campo de acción que hacía concebir las mayores esperanzas (4).

(1) V. Karttunen, *Grégoire XIII*, p. 94 s. Cf. Guido Ferreri, \*Vita Gregorii XIII, c. IV, *Archivo secreto pontificio*.

(2) Cf. los numerosos decretos y gracias, que están anotados en *Synopsis*, 64, 67, 68, 70, 78, 82 s., 84, 86, 94, 95, 96, 97, 99-101, 108, 117 s., 129, 132, 136, 138-139, 140.

(3) Cf. nuestros datos del vol. XIII.

(4) V. L. Delplace, *Le Catholicisme au Japon. François Xavier et ses premiers successeurs 1540-1593*, I, Bruxelles, 1909, 77 s., y Juan Haas, *Historia del cristianismo en el Japón*. II: Progresos del cristianismo bajo el superior-

Cuando San Francisco Javier salió del Japón en 1551, sólo algunos centenares de indígenas, los más del pueblo bajo, habían sido ganados para la religión del Crucificado. Gaspar Vilela que, quebrantado por un trabajo de largos años en aquella misión, volvió a la India en 1571, hacía subir el número de los cristianos a unos 30000 (1). Entre los recién convertidos se hallaba ya uno de los sesenta daimios, y no pocos de los más principales y doctos del país. Aun donde los misioneros no habían todavía penetrado, había ya cristianos aislados; se los halla, dice Luis de Froes en 1566, casi en todos los sesenta y tres principados en que el Japón estaba entonces dividido (2). Dada la corrupción de los representantes del budismo y sintoísmo, los japoneses en aquellos difíciles tiempos se sentían más y más atraídos por los misioneros, en los cuales continuaba viviendo el espíritu de San Francisco Javier. La vida regalada y el egoísmo de los sacerdotes paganos estaba en oposición con el desinterés y el abnegado cuidado de los enfermos de estos hombres, lo cual causaba profunda impresión (3).

Al heroísmo y espíritu de sacrificio de los misioneros respondía el fervor de los nuevamente convertidos (4). De dos y tres millas de distancia, escribe Baltasar Gago en 1559 (5), acuden el domingo a recibir la instrucción de los catecúmenos en Funai; los que viven más lejos, vienen ya la víspera y pasan la noche en el hospital. En las grandes fiestas la iglesia es demasiado estrecha para el número de los fieles, pero su devoción y sus lágrimas en la recepción de los santos sacramentos confunden a los misioneros. Todos los miércoles y viernes de cuaresma, después de un sermón sobre la Pasión del Señor se tiene una disciplina delante de la imagen de Cristo crucificado. En todas partes se establecía un modo de socorrer con regularidad a los pobres, se interesaban por los enfermos, y los convites en común, especialmente en la festi-

rato del P. Cosme de Torres, Tokio, 1904. Cf. M. Steichen, *The Christian Daimios. A century, of religious and political history in Japan (1549-1650)*, Yokohama, 1903. Para la crítica de la *History of Japan*, Kobe, 1903, de Murdoch, cf. Thurston en *The Month*, 1905, I, 291 s., 388 s.

(1) Delplace, I, 172.

(2) *Ibid.*, 149.

(3) Cf. el juicio del japonés G. Mitsukuri en la *Revista Hist.*, LXXXVII, 194 s.

(4) V. Haas, II, 332-371.

(5) Delplace, I, 91.

vidad de la Visitación de Nuestra Señora, servían para afirmar el amor y concordia entre los cristianos. No menor que el fervor era la firmeza y constancia de los nuevos convertidos. Cuando el daimio de Hirado en 1560 causaba vejaciones a los cristianos, muchos se fueron al destierro dejando su hacienda (1). A la pregunta de hasta qué punto se había de extender el amor a Cristo, respondió un niño de once años: hasta tal punto que yo me confesase cristiano, aunque me hiciesen menudos pedazos (2). Expresiones semejantes se hallan en las relaciones frecuentemente, aun cuando a verdaderos martirios no se llegó por entonces sino a lo sumo en casos aislados y muy raros (3).

Con qué gozo los nuevamente convertidos se sentían miembros de una gran Iglesia universal e hijos del Vicario de Cristo, muéstralo la gran diligencia con que se buscaban los agnuscé o las copias de la Santa Faz bendecidas por el Papa. Algunos, escribe Luis de Froes, dirigen oraciones a Dios por espacio de ocho días, para que les conceda la gracia de poseer tales objetos. En 1560 se hubieron de cortar en pedacitos muy pequeños algunos agnuscé, para poder satisfacer la devoción de todos. De lejos llegaban diariamente barcas llenas de hombres y mujeres que solicitaban tener participación en aquel tesoro (4).

Los buenos éxitos del trabajo de los misioneros muéstranse todavía más notables, si se atiende a las dificultades entre las que fueron alcanzados. En primer lugar los misioneros fueron siempre muy pocos. Hasta fines de 1563 nunca se contaron en el país más de nueve religiosos; en el año siguiente su número ascendió a siete sacerdotes y ocho hermanos coadjutores, de los cuales cuatro eran japoneses; en 1570 se agregaron todavía dos sacerdotes (5).

Lo que este pequeño grupo consiguió, fué obra de una paciencia inagotable, la cual no se dejaba abatir aun cuando después de años no eran todavía visibles los frutos deseados, o una de las frecuentes guerras, un cambio en el trono, el capricho de un monarca parecía aniquilar de nuevo todo lo alcanzado. En Kan-

(1) Delplace, I, 96.

(2) Haas, II, 342.

(3) Delplace, I, 94, 173.

(4) (I. P. Maffei,) *Rerum a Societate Iesu in Oriente gestarum volumen*, Colonia, 1574, 351, 369.

(5) Delplace, I, 98. Haas, II, 274.

goschima, donde había comenzado el trabajo de misión, la prohibición del príncipe mantuvo alejados a los misioneros por largo tiempo, y la comunidad cristiana se perdió en su mayor parte por falta de cultivo (1). En Hacata se había fundado una iglesia entre muchos peligros, pero casi todo se volvió a arruinar, porque no se pudo enviar ningún misionero (2). En Yamaguchi los progresos no fueron al principio insignificantes; hasta el gobernador de la ciudad, Naito Takaharu, con dos hijos, dos bonzos doctos, que desde Meaco fueron en busca de los sacerdotes cristianos, recibieron el bautismo. Pero ya en 1556 el daimio Yoschinaga fué derribado, y su sucesor Mori Motonari prohibió la predicación del Evangelio. Unos veinte años los cristianos de la ciudad quedaron sin sacerdotes (3).

Las circunstancias más favorables para los misioneros fueron las del reino de Bungo (4). El daimio de allí, Otomo Yoschischiga, había pedido lisa y llanamente misioneros al virrey de la India, y llegó hasta tal punto en su amistad con ellos, que una vez al año se convidaba a sentarse a su mesa. Pero como entre tanto él personalmente no abrazó el cristianismo, tampoco fué posible ganar a la gente principal del país. Escribía un misionero en 1580, que durante treinta años habían tomado sobre sí un trabajo inmenso expuestos a mil peligros, y que el resultado había sido que acá y allá se convirtiese un jorobado, cojo o leproso. Pues un joven comerciante portugués, Luis de Almeida, que pronto entró él mismo en la Compañía de Jesús, había con su hacienda fundado un hospital para niños expósitos y otro para leprosos, en el cual buscaron también refugio los acometidos de la peste bubónica. De estos hospitales salieron ahora a la verdad muchos cristianos, y se alabó la obra de misericordia que allí se ejercía, pero esto no impidió que por su relación con estos hospitales se considerase el cristianismo como una religión de los pobres y despreciados, la que no podía abrazar ninguna persona de calidad. Con todo ya en 1556 se contaban en Bungo unos dos mil cristianos.

Otros tantos había en 1561 en la isla de Hirado, donde el

(1) Haas, II, 192 ss.

(2) *Ibid.*, 94 ss.

(3) Delplace, I, 79 s. E. Satow, *Vicissitudes of the Church at Yamaguchi from 1550 to 1586*, en *Transactions of the Asiatic Society of Japan*, VII, Yokohama, 1879, 131-156.

(4) Haas, II, 72-111. Delplace, I, 83-96.

versátil daimio Matsuura Takanobu ya era favorable, ya desfavorable a la nueva religión, según se lo aconsejaban sus intentos políticos. Aquí tuvieron los jesuitas un apoyo en Koteda, el más poderoso vasallo de Takanobu; las islas de Tukaschima e Ikitsu, que le estaban sujetas, fueron a poco casi enteramente cristianas (1).

La preferencia con que los portugueses aportaban en Hirado, sugirió a Sumitada, soberano del reino de *Omura*, que estaba situado al sur, la idea de atraer a su país a los comerciantes portugueses, proponiéndoles grandes ventajas para los mercaderes y misioneros. Ofrecióles su puerto de Yocosaura, el cual admitieron. Después de algunas visitas de cortesía, Sumitada tomó más en serio el trato con los misioneros; comenzó a llevar públicamente una cruz de oro, iba por la noche a la casa de los jesuitas para conferenciar sobre cosas de religión, y finalmente abrazó públicamente el cristianismo. Al estallar la próxima guerra visitó, conforme a la costumbre japonesa, el templo del Dios de la guerra, pero sólo para pegar al ídolo un golpe con la espada. Así, pues, los jesuitas habían obtenido en *Omura* una brillante conquista. Pero al punto una rebelión de doce vasallos contra el daimio pareció ponerlo todo en contingencia. Sumitada se vió en el mayor apuro, pero se negó a comprar la sumisión de sus vasallos con el abandono que le exigían, de la nueva religión; salvóle su padre todavía pagano (2).

El ejemplo de Sumitada determinó a su hermano, el daimio *Yoschisada de Arima*, a llamar asimismo a los jesuitas a la ciudad marítima de *Kotschinotsu*, favorablemente situada. Sin embargo también aquí fué pronto de nuevo derribada la cruz y los misioneros desterrados por algún tiempo. A su vuelta casi toda la ciudad aceptó el cristianismo. En las islas de *Goto*, adonde el daimio *Takaaki* llamó a los jesuitas en 1566, su hijo se hizo bautizar con el nombre de Luis (3). Todavía mayores éxitos parecían conseguirse en la isla de *Amacusa*: el daimio mismo abrazó el cristianismo, pero muy pronto apostató, cuando no vió producirse las ventajas comerciales que había esperado de su conversión (4).

(1) Haas, II, 207 ss.

(2) *Ibid.*, 229 ss.

(3) *Ibid.*, 258 ss.

(4) *Ibid.*, 262 ss.

No obstante todos estos progresos no podían ser decisivos, pues se efectuaban en ciudades de segundo orden. El centro religioso del país era la antigua capital *Meaco* (*Kioto*) con su monte santo *Hije*, cubierto de centenares de monasterios de bonzos. Allí había de establecerse el cristianismo, si quería conquistar todo el Japón. Pero esto sólo era posible poco a poco y entre las mayores dificultades (1). *Cosme de Torres*, superior de la misión, había enviado allá en 1559 a sus dos mejores colaboradores, *Gaspar Vilela* y el japonés *Lorenzo*. Con la cruz en la mano *Vilela* comenzó a predicar en pública calle. Despertó la atención hasta de las clases más elevadas. El mismo *schogun* (mayordomo) le hizo venir dos veces a su presencia y le dió un salvoconducto. Pero también se excitó el odio de los poderosos bonzos, después de haberse convertido unas cien personas, entre ellas quince bonzos. La situación empeoró de suerte, que en agosto de 1561 no le quedó al misionero otro remedio que salir de la ciudad, la cual por otra parte fué a poco teatro de turbulencias bélicas. Habiendo vuelto en el otoño de 1562, *Vilela* hubo de alejarse de nuevo hacia la Pascua de 1563, y de 1565 a 1569 las revoluciones políticas que precedieron a la unidad del Japón, hicieron imposible a los misioneros la permanencia en la capital del país.

Expulsado de la misma *Meaco*, *Vilela* siguió trabajando infatigablemente en los alrededores, y poco a poco se mostraron hermosos frutos. *Luis de Froes*, desde 1565 compañero de *Vilela* y más tarde sucesor suyo, le presenta como concluyente prueba de que todo se alcanza con paciencia. «Despreciado, dice, aborrecido, apedreado; perseguido de todas maneras, considerado indigno de que le miraran a la cara, *Vilela* no ha cesado de hacer todo lo posible para la propagación de la fe. Y hoy es venerado y amado por dos de los primeros dignatarios y por el rey mismo, príncipe soberano de todo el Japón, que gustoso conversa con él. Grandes señores se han hecho cristianos, ha levantado siete iglesias en una extensión de doce a quince millas. A pesar de su fatiga y debilidad no cesa de trabajar, como si todavía estuviese sano.» (2) Durante seis años *Vilela* no había podido ver a ningún europeo, ni celebrar en tres años la santa misa, porque era imposible a causa del

(1) *Delplace*, I, 100 ss. *Haas*, II, 113 ss.

(2) *Delplace*, I, 113.

desenfreno de los salteadores hacer llegar hasta Meaco los ornamentos y demás objetos para ello necesarios (1).

En la capital, en 1577, se contaban unos 1500 cristianos (2). En los alrededores los progresos habían sido mayores y más rápidos. Así, por ejemplo, en la plaza fuerte de Imori pidieron en poco tiempo el bautismo 500 japoneses, después que se hubo hecho cristiano un funcionario allí muy influyente, el secretario del primer ministro de Meaco. La ocasión de su conversión da a conocer bien las cosas del Japón. Los bonzos de Meaco habían solicitado del ministro de Justicia la expulsión de Vilela; pero el ministro replicó que antes era menester examinar la doctrina que enseñaba. Los dos bonzos encargados de este examen se declararon ambos en favor del cristianismo y pidieron el bautismo. Esta inesperada conversión trajo en pos de sí la de aquel secretario y por medio de él la de muchos otros (3).

Otra conquista todavía de más importancia hizo Vilela en la persona del takayama Hida-no-kani, gobernador de la fortaleza de Takatsuki, el cual se hizo bautizar con el nombre de Darío. Con otros dos grandes señores había éste llamado a su casa a Vilela y Lorenzo bajo pretexto de hacerse instruir; pero su verdadero intento era mandar cortar la cabeza a aquellos dos hombres que tanto hablaban de lo irracional de la religión japonesa, en caso de que dijese algo contrario a la razón. El resultado de la plática fué que tanto el mismo gobernador como dos de sus convidados se sometieron al cristianismo (4). De los dos hermanos de Darío el uno, Francisco Moriaku, señor del castillo de Sawa, fué asimismo un ferviente cristiano; el otro Wada (Vatandono) sucumbió en la guerra antes de haber podido consumir su conversión; su amistad sin embargo fué aún incomparablemente más importante para el desenvolvimiento del cristianismo, que la de sus dos hermanos. Pues cuando en 1565 perdió la vida el schogun con su familia en una sublevación, Wada salvó al hermano de éste, Gakkei, heredero del schogunado, ofreciéndole un refugio en sus castillos. Cuando ahora Oda Nobunaga, príncipe de Ovari, tomó por pretexto para conquistar a Meaco la guerra en favor de

(1) Delplace, 106, 116.

(2) Ibid., 172.

(3) Ibid., 110.

(4) Ibid., 135.

Gakkei y se apoderó del mando supremo, Wada tuvo gran valimiento con el nuevo monarca, y utilizó su influencia para favorecer a los cristianos. Por su recomendación pudo el jesuita Luis de Froes presentarse personalmente a Nobunaga, y obtuvo de él un documento que permitía a los misioneros el habitar en Meaco y los eximía de diversas cargas (1).

Con la ascensión al trono de Nobunaga, comienza en el Japón un nuevo período así para la historia política, como para el cristianismo. Mientras este enérgico príncipe procedía sin miramientos contra los sacerdotes budistas, que se habían puesto de parte de sus enemigos, mostraba a los jesuitas tan gran favor, que se esparció el rumor de que secretamente se había convertido al cristianismo. No pensaba en esto ciertamente este hombre ambicioso; pero continuó portándose con gran benevolencia respecto de la misión cristiana. Así pudo al fin llegar a cumplirse el pensamiento de San Francisco Javier: el padre Organtino Gneccchi edificó en Meaco una iglesia, a cuya construcción contribuyeron los neófitos de la ciudad y sus alrededores. En memoria del día en que San Francisco Javier pisó por primera vez el suelo del Japón, bendijo en 1576 el templo, todavía no terminado enteramente, en la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen (2).

Cosme de Torres, compañero de San Francisco Javier, había muerto en octubre de 1570 después de veintiún años de duro apostolado. En vista de ello el P. Francisco Cabral había tomado la dirección de la misión. En el otoño de 1575 refería Cabral al general de su Orden, que desde que trabajaba en el Japón, todos los años se habían convertido algunos millares de almas; mas que en el año actual se había llegado a conversiones en masa: que sólo en el reino de Omura se habían ganado para la religión del Crucificado 20000 paganos con 60 monasterios de bonzos. Que también en Bungo y Meaco se habían convertido muchos, entre ellos numerosos bonzos. Que en otros muchos reinos pedían predicadores de la ley divina, pero que sólo podía contestarles con lágrimas; tan grande era su dolor al ver perderse innumerables almas, sin que nadie las socorriese. Añadía que rogaba por las llagas de Cristo, que se enviasen obreros a esta viña, donde tanto fruto había y tan pocos obreros, los cuales estaban además en su mayor parte muy

(1) Haas, II, 159 ss.

(2) V. Delplace, I, 129 s., 135, 138.